

EL
CUATRO DE MAYO

DE
1897



QUITO
—
IMPRESA DE ESPEJO

—
1897

Compadro | Quito-Ecuador | adeneira

Quito 1918

EL CUATRO DE MAYO

(1897)



Préstame inspiración, Numen fecundo;
Préstame, Jesús mío,
Esos acentos suaves
Del arpa de David y de Isaías;
Y ese dolor profundo
Del triste y desolado Jeremías:
De las canoras aves,
Del sollozar del río
Tome la inspiración sus melodías.

Callen ya mis cantares juveniles;
Cese la risa, y broten dos raudales
De lágrimas mis ojos.
Canto con triste voz las criminales
Ofensas á mi Dios, los inauditos
Sacrilegios nefandos
De la ímpia soldadesca despiadada;
Canto de aquellos mártires benditos
A los tristes despojos,

Que en la noble Riobamba infortunada,
Bajo el plomo homicida
Rindieron al tirano su alma vida.

¿ Por qué ha de ser, Dios mío,
Que á tu excelsa morada
Para sólo ultrajarte y ofenderte
Penetre enfurecido el hombre impío ?
¿ Por qué tu mansedumbre se anonada,
Y sufre y calla hasta alcanzar la muerte ?
Antes, cual Rey tremendo, te bastara
Al que sólo tocara
El Arca del Antiguo Testamento
Quitársele la vida en el momento.
Baltasar, el sacrílego monarca,
Profana en su embriaguez los vasos de oro
Transportados del templo
Que hubo en Jerusalén, á su comarca;
Y misteriosa mano
(¡ Oh digno de mención terrible ejemplo !)
Le escribe su sentencia al soberano:
Desparece el color de sus mejillas
Al ver esa escritura,
Su propio pensamiento le tortura
Y dan una con otra sus rodillas;
Y en esa misma noche fue cortada
Su vida al filo de enemiga espada.

Expiras Tú, Señor, en el Calvario
Y el sol resplandeciente
Revístese de pronto de escarlata:
La luna se resiente,
Y la luz que en los bosques y los ríos
Derrama dulcemente
Al través de las nubes, arrebatada.
Y luego el orbe todo
En sus anchos cimientos tambalea;
Y de terrible modo,
De en medio de las sombras se desata

El rayo, y centellea,
En luz rojiza ardiendo,
Con espantable aterrador estruendo.

Empero, en este siglo envanecido
Impúdicos y ruines Baltasares
Sumérgense en el fango corrompido
De sucios y asquerosos lupanares;
Pierden allí la fe de sus mayores
Entregados á fiestas disolutas,
Y apagan la razón con los amores
De ruines y arrastradas prostitutas.
Y brindan en los cálices sagrados
A la luz de una antorella mortecina
En oscura taberna congregados
Los hijos de esa raza viperina.

Y ante tanta maldad y ofensa tanta,
Tú, callado y paciente,
Sufres, Señor Dios mio,
Un nuevo sacrificio en el *sagrario*.
Allí, en el ara santa
Convidas dulcemente
Al justo y al impío
A gustar de tu amor en el santuario;
Y el pérfido, el ingrato y el deicida
A tu amor soberano
Con blasfemia responde; y con la herida
Que te causó el soldado
Traspasa nuevamente tu costado.

¿No veis ya, Riobambeños, del tirano,
Al miserable esbirro
Profanar iracundo el santo templo?
Ya despedaza el ara,
Y el soldado, á su ejemplo,
El arma ya prepara
¿No oís el fragoroso

Estruendo de las balas repetido
Ay! el mismo estampido
Que antes la vida arrebató á Moscoso?
Ah! Corred y volad, oh Riobambeños;
Acudid con presteza á San Felipe:
No importa ser en número pequeños
Pues que vais á morir como cristianos.
Mirad que ya destrozan el sagrario....
Ya cometen el crimen inaudito....
Renuevan del Calvario
Las blasfemias, salivas....; Oh infinito
Perdonar de Jesús á los humanos!
Ah! Venid, derramemos nuestra sangre....
Sirva ella, aunque indigna,
De rojo corporal á la Hostia Santa;
Pues su Alteza benigna
Aceptará gustosa
De sangre generosa
Los míseros vapores
Cual la fragancia de exquisitas flores.
; En vano todo!....; Inútiles deseos!
Los criminales, reos
De tanto horrendo crimen, se desatan
Al robo, y al pillaje y á la orgía:
A gente humilde, inofensiva matan;
Y en el templo, en el ara de María
(; Oh crimen nunca oído!)
Asesinan, cobardes, al rendido.
Mas....; Qué digo? qué pienso? qué deliro?
; Es sueño lo que escucho, lo que miro?....
; Ay! triste realidad! El vil tirano
Que en su furor satánico, iracundo
Destruir intenta la preclara gloria
Del pueblo ecuatoriano,
Y su aureola y el timbre de cristiano,
No verá, no, á la Historia
No la verá falseada
Ni sujeta, ante el mundo,
Al vil capricho de su tosca espada,

Severa, adusta, inexorable, austera
La Historia en tiempos de serena calma,
Descubrirá á la América espantada
Cuanto la iniquidad forjar pudiera,
E inventara en su negra alevosía
La bárbara, la imbécil tiranía.

Ya la Historia sentada en la tribuna
Descubre al pueblo los pasados hechos;
Y corriendo las hojas una á una
De su libro inmortal, está siguiendo
Y luego señalando
Los sucesos ya prósperos, ya impíos
Por los cuales la Patria Ecuatoriana
Ha venido pasando,
Referir de esta suerte la estoy viendo:
“Callad, oh pueblo; calle la profana
“Voz de algazara y necios desvaríos!
“Enmudezca un instante
“En la sien del altivo Chimborazo
“El viento bramador; y allá, distante,
“Aplaque su corriente impetuosa
“En sus floridas playas
“Y calle atento el tumultuoso Guayas.

“¡Fecha de llanto y de dolor profundo!
“¡Oh crimen sin segundo
“En cuanto abarca la maldad humana!
“Esconder en la Sangre de la Vida
“La ponzoña homicida,
“Y matar la Paloma Ecuatoriana!

“¡Escudriñar un mundanal tesoro
“En los cálices de oro
“En cuyo fondo enamorado late
“El Corazón Augusto del Dios-Hombre....!
“¡Habrà quién no se asombre
“Del sacrilegio, y al Señor no acate?

“Pues si muere el Pastor y sube al cielo;
“Si el ladrón rasga el velo
“Del Santo de los Santos ofendido,
“Y en su necia codicia esparce al lodo
“A nuestro Rey y Todo,
“Grande ofensa al Señor se le ha inferido.

“Pero romper, despedazar el ara
“Y luchar cara á cara
“Con el Santo y Augusto Sacramento. . . .
“Y con manos inmundas á puñados
“Sepultar los sagrados
“Panes en sus entrañas al momento. . . .

“Y luégo entre confusa algarabía
“Escanciar á porfía
“En los vasos sagrados los licores. . . .
“Y luégo. . . . ¡ Dios piadoso y justiciero !
“La Historia al mundo entero
“Bien quisiera callar tales horrores.

“Anada igualará la maldad ésta;
“Ni la dura protesta
“La borraré jamás del libro mío.
“Cual cómplice, calló toda justicia,
“Pues la encontró propicia
“A sus nefandos planes el impío.

“Siempre el puñal preside al sacrilegio:
“De un próspero colegio
“De la noble Riobamba é infelice
“Fue padre y director muy laborioso
“El jesuita Moscoso
“A quien hasta hoy la juventud bendice.

“Inclinado rezaba reverente:
“El soldado insolente
“Penetra profanando aquel santuario:
“Hierre, ultraja, dispara enfurecido,

“Y el religioso herido,
“Al expirar estrecha su rosario.

“Empero al punto remontóse su alma
“A recibir la palma
“Y la roja guirnalda del martirio.
“Moscoso fue jesuita; nació azuayo;
“Murió el cuatro de Mayo:
“Tronchósele al herir cual casto lirio.”

Dijo, y avergonzada nuestra Historia,
Por su marchito rostro tristemente
Dejó correr su llanto.
¿No escucháis?... ¿No miráis aquel quebranto
Que se marca en la frente
De aquella muchedumbre que la gloria
Recibir de la Historia apetecía,
Y escucha contristada
Ofensas á la Augusta Eucaristía?
¿Quién nos diera llorar, Ecuatorianos,
Y verter por los ojos
La sangre que discurre en nuestras venas!
¿Quién nos diera perder todos los vanos
Apegos á esta vida;
Y en una hora, un instante, los despojos
Dejando de este cuerpo, en pronta huída
Desprendernos del suelo
Y muriendo por Dios, subir al cielo!

Mirad allí. De la celeste esfera,
Y entre arreboles de encendida grana,
Angeles de grandísima hermosura
Salen á recibir de real manera
A León, el jovencito, el valeroso;
Y al santo religioso
Cuya alba, enrojecida vestidura
En medio de las nubes resplandece.
Ciñe éste, cual espada de guerrero
El arma formidable,

Esa que á Satanás en el Calvario
Traspasó la cabeza abominable;
Esa Cruz redentora
Cuyo nombre al averno lo estremece;
Ciñe esa Cruz Moscoso, suspendida
De las doradas cuerdas del rosario.

Mas.... ¡ Dios Santo!.... ¡ qué miro!....
¡ Oh pléyade de azuayos gloriosa!
¡ Y tú también, Vivar, entre las nubes
Apareces de lauro coronado?
¡ Y Tello.... y Maldonado,
Víctimas inocentes
Del odio de los bárbaros tiranos,
Salís con igual grado
Ceñidas vuestras frentes
De coronas de luz resplandecientes....?

Silencio ya! Del seno de las nubes
Surge un carro de gloria
Que arranca de esta vida transitoria
A esos nobles cuencanos:
Y en majestuoso coro,
Tras las doradas nubes,
Al són de un arpa de oro
Cantan el *Ave Verum* los querubes.

Quito, Junio 10 de 1897

Daniel Grau B.

